

la medida en la composición de su ser. Su filosofía, que conservaba por medio de la lectura y de la reflexión, era la del siglo diez y ocho, templada por un gran sentimiento de la Providencia, esa filosofía que se refiere al Criador, y que tiene por moral el *quod decet* de los ancianos, la conveniencia, esa moral de los que no quieren chocar con nada. En política era indiferente: no creía que por un sistema debía perderse un amigo. Tal era el anciano apreciable que vivió doce años más después de la época de que hablo, y que reflejaba en mí la suave luz de otro siglo. La poesía de la vejez nunca la he visto sino en él: una vida que se apaga con la misma serenidad y aun con el mismo rocío con que nació en la mañana.

XXXIX.

He aquí lo que era entonces aquella población encantadora; mi tío, el abate Sigorgne, Mr. de Larnaux y otros cinco ó seis hombres ilustrados del país, habían recientemente fundado una institución de una naturaleza propia para aumentar y perpetuar el gusto por las ciencias, las artes y la literatura. Habían establecido una academia, la que daba un centro y un motivo de actividad local á todos los talentos esparcidos y ociosos de la ciudad y de toda la provincia. Cada mes, los treinta ó cuarenta miembros de ella se reunían en sesión, en la biblioteca de la ciudad, leían relaciones, descubrimientos, proyectos de mejora agrícola, se procuraban materias sobre que trabajar, discursos, composiciones literarias, y algunas veces poesías. De esta manera se establecía una provechosa emulación entre aquellos hombres á quienes la inercia hubiera de otro modo esterilizado. No exageraban la importancia de sus trabajos, ni aspiraban á gloria alguna exterior; eran demasiado modestos. Su palabra de orden era: "Lo bueno, lo bello, lo útil y el desinterés." Aquella institución que comenzaba entonces, y que ha conservado por largo tiempo el mismo espíritu, se ha ilustrado después, por la unión sucesiva de muchos nombres brillantes, y por una sucesión no

interrumpida de hombres escogidos. Agrupándolos no es dudoso que ella los haya multiplicado. La Academia de Mâcon reemplazó durante muchos años á la de Dijon, hogar literario de la Borgoña, cuna del nombre de J. J. Rousseau y de Buffon.

A pesar de mi inesperienza y de mis pocos años, mi tío quiso que perteneciese á ella. Me recibieron bajo su patronato, por respeto á él y no por mi causa. Hice un discurso de recepción, mi primera página literaria pública, sobre las ventajas de la comunicación de las ideas entre los pueblos por medio de la literatura. Encontré hace poco tiempo el manuscrito de aquel primer discurso, y lo quemé después de haberlo leído, para borrar las huellas del camino trillado por donde había conducido mi pensamiento. Después he sido un miembro poco asiduo, pero fiel, de aquella corporación literaria que se dignó acogerme, anticipándose al tiempo y á la fama. Le fui deudor más que de horas de gloria, de horas de amistad.

Una circunstancia ha borrado todas las relaciones que me unían con aquella academia. Yo retiro mi nombre literario, porque es como la mano del escritor, debe ofrecerla á los que la aceptan, y retirarla á los que repudian la confraternidad de sus trabajos. Si en los registros de aquella academia de familia, mi nombre sobreviviese algunos años á aquella época, los curiosos dirán, hojeando la lista de 1810: *¡Existió!* y recorriendo la de 1850: *¡Ya no existe!*

XL.

En cuanto á los jóvenes de mi edad en aquella época, ninguna relación de amistad, de gustos ó de estudios, me inclinaba hacia ellos, ó al contrario. A escepción de tres que habían sido mis compañeros en el colegio, no visitaba yo á ninguno. Se ocupaban de los placeres, de los festines, de los bailes y de cazas. Yo me hallaba demasiado triste para distraerme con aquellas alegrías. Nada conocía yo que pudiese cultivar su pensamiento. El Imperio materializaba á toda la juventud, que no hacía otra cosa que

consumirse en los campos ó en las antesalas. La nobleza combatía ó cazaba, el estado llano bebía ó comía; el pensamiento se habia refugiado en las profesiones liberales. El foro, la medicina y la magistratura, contaban algunos hombres de gusto intelectual. Entre los abogados y los médicos fué donde únicamente se conservaron algunas chispas del fuego sagrado de la Francia, el sentimiento literario. Este es siempre el que reanima, el de la libertad. La casualidad hizo que un día encontrase en uno de mis paseos solitarios fuera de la ciudad, á un jóven abogado, nacido en el Jura y establecido recientemente en Mácon. Lo conocia solo de vista y de nombre, porque me lo habian señalado en las calles, como un hombre que hacia concebir las mas halagüeñas esperanzas á la abogacía. Habia oido hablar de mí como de un jóven que en medio de la trivialidad de la vida de la juventud de aquel lugar, manifestaba tener una alma, y cultivaba mas ó menos felizmente aquel gérmen ahogado en los demas. Llevaba en aquel momento á un perro; el mio no me abandonaba jamas. Ambos se acercaron, grañeron, jugaron, y obligaron de esta manera á sus amos á reunirse.

Despues de algunas palabras politicas entre dos paseantes que deseaban igualmente una ocasion de encontrarse, la conversacion se empeñó entre nosotros sobre los libros, la literatura y la poesia. Encontré con felicidad en Mr. Ronot (así se llamaba) una imaginacion inocente y fresca, una memoria enriquecida con todos los recuerdos clásicos, una pasion desinteresada de lo bello, que llegaba hasta el entusiasmo, un deseo de admirar, que revela en general la necesidad de amar lo que se admira, y la imposibilidad de la envidia. Las elevadas hayas de los matorrales y las flores que aun hoy sombrean los caminos quebrados de los prados de Mácon, entre la preciosa aldea de San Clemente y el Saône, escucharon por mucho tiempo nuestra conversacion, que se prolongó con una sorpresa y un mútuo encanto. Nos separamos aquella tarde, y sin habernos citado, nos encontramos frecuentemente á las mismas horas en los dias siguientes.

tes. No teniendo ocasion alguna para encontrarnos en los mismos salones, tomamos por salon á aquella risueña naturaleza. Descendiamos y subiamos indiferentemente el curso del Saône, tan perezoso como nuestros pasos, tan meditabundo como nuestras imaginations, tan parlero como nuestros labios. En pocos dias estrechamos nuestras relaciones, y por muchos años fuimos amigos. Los años pasaron por nuestra amistad, como el agua del cielo sobre los antiguos muros, consolidando sus cimientos y revistiéndolos con el musgo y la yedra que los adornan en su vetustez. Ausente por lo regular del pais de mi nacimiento, aun despues que la muerte habia secado todas las raices de mi familia, sabia que una persona esperaba mi vuelta, seguia con la vista mis vicisitudes, combatia con todo su poder la envidia, el odio, las calumnias, que se arrastran por el suelo de nuestra cuna como alrededor de la piedra de nuestras tumbas, y recibia tal alegría con las felicidades de que yo gozaba, como se entristecia con mis dolores.

La última vez que volví á Mácon, ya no existia. Mi nombre, unido con el de su muger y sus dos hijos, habia salido mezclado con sus últimos suspiros. Mientras que la muerte me robaba á uno de mis últimos amigos, la adversidad desenraizaba de la arena de los corazones débiles las amistades sobre que debia yo contar.

XII.

Mas aquellos ocios engañados de mi vida, durante la estancia de mis padres en la ciudad, no fueron suficientes para destruir la tristeza, la melancolía y el insoportable fastidio que los muros de la ciudad, de una ciudad cualquiera, respiran siempre para mí. Odio las ciudades, como las plantas del Mediodía aborrecen la húmeda sombra del patio de una prision. Nunca es mi alegría completa; mis pesares se centuplican, por la concentracion de mi vista, de mis pasos y de mi alma, en esos hogares de

p. 11.

la vista, de la voz, del ruido y del lodo. Analizaré y justificaré en mil páginas esa impresion de las ciudades, esos receptáculos de la sombra, de la humedad, de las inmundicias, de vicios, de miseria y de egoismo que el poeta Cowper ha definido completamente en un solo verso:

*Dios hizo los campos,
El hombre las ciudades.*

XLII.

En fin, llegó la hora de salir y de volver con mi madre y mis hermanas, al asilo de nuestro querido y pobre Milly. Mi madre y mis hermanas participaban de mi sentimiento, penetrando en aquellos antiguos muros, en el jardin, en las profundidades de las montañas, en aquellos senderos, en aquellos prados pequeños, sombreados por sauces, á la orilla de aquellos riachuelos, divididos por las esclusas y los molinos.

Introducian la paz en mi corazon, todos los claros del cielo, todas las rafagas de aquel aire libre, todos los movimientos de las hojas, y el murmullo de las aguas. Mi madre, feliz, tranquila como nosotros, aspiraba en su calle de ojaranzos, aquella piedad sensible y lírica, que hacia cantar eternamente á su alma, ó que era mas bien la segunda alma de aquella muger, verdadero instrumento de adoracion!

Recobró sus antiguos hábitos de recogimiento, interrumpidos por la sociedad y la caridad, que se disputaban sus horas en la ciudad. Continuaba dando á mis hermanas las lecciones de sus maestros en los libros de estudio, en las esferas, en el piano, ante los modelos de casta escultura ó de dibujo. Visitaba despues á los enfermos ó indigentes, con sus hijas. Pasaba en seguida las horas serenas de la siesta, en un banco, bajo los tilos, ocupada en un trabajo de manos, en lecturas en voz baja, en conversaciones con algunos buenos vecinos del campo, que iban á visitarla de largas distancias; algunas veces tambien en paseos

con nosotros y en visitas que haciamos á pié en la vecindad, la cual era animada, amistosa, y todos los que allí habitaban formaban casi un parentesco general. Se hubiera creido que su alma habia derramado la simplicidad, el candor y el afecto en toda la comarca. En efecto, ella era la causa de aquella armonía general de los corazones que se manifestaban ante su gracia y su belleza. No habia un solo espíritu oscurecido que no se despejase cuando ella aparecia. Todo lo reconciliaba; era la muger de paz. El odio que existia en el alma de alguno contra otro, la afligia casi tanto, como el que hubiera sentido nacer en su propio corazon; no se tranquilizaba sino cuando aquel odio se hallaba disipado. Los paisanos la llamaban el juez de paz de la amistad. El cura decia: “No es el juez de paz, amigos míos; es otra cosa mejor; es la justicia del amor; es el Evangelio que os predico, y que os muestra en la figura y en las acciones. Si no quereis escucharme, miradla; su gracia es tan bella, que hará que comprendais la gracia de Dios.”

Este cura era el de Bussières, el abate Dumont, que me sirvió de tipo en el poema de *Jocelyn*, y que despues fué mi amigo. No tenia la piedad de mi madre; pero sí el entusiasmo por su virtud.

XLIII.

Las dos aldeas cercanas á Milly, donde mi madre dirigia con mas frecuencia sus pasos, eran *Bussières* y *Pierreclos*. El antiguo y pintoresco castillo de *Pierreclos* se hallaba habitado por el conde del mismo nombre, antiguo señor de toda aquella garganta que se estiende á la falda de las montañas de *Saint-Point*. Una figura parecida á la de las novelas de *Walter Scott*, en un país absolutamente igual en su aspecto á la Escocia; anciano rudo, salvaje, absoluto con su familia, bueno en el fondo; pero orgulloso y duro en las palabras que dirigia á sus antiguos vasallos, que habian saqueado su habitacion durante las primeras tempestades de la Revolucion, no comprendiendo absolutamente

nada, ni de la marcha ni de las ideas de su siglo, ó mas bien, ignorando lo que era aquella idea: era el siglo décimo tercio en figura de hombre; extravagante, original, grotesco, tanto en sus vestidos como en su conversacion y talento, ademas gotoso, lo que aumentaba la aspereza de su humor; pero afecto al mundo, gloton y voluptuoso, teniendo mesa preparada, y recibiendo bien en su castillo, no solo á sus vecinos, sino á todos los aventureros emigrados de la guerra civil de la Vendée ó de la aristocracia, que se recomendaban con el título de realistas. Habia perdido á su muger muy jóven. Su familia se componia de un hermano menor, que envejecia en la casa como un antiguo doméstico, de una hermana anciana, viuda, llamada madama de Moirode, muger tan original en su trage y costumbres como él, pero de talento picante y gracioso. Habitaba en el inmenso salon desmueblado de su hermano, una especie de tienda movable con su cielo raso y cortinas para resguardarse del frio; abria éstas y hacia que rodasen su tienda á la mesa de juego cuando llegaba la hora del revesino ó del chaquete. Jugaba todo el dia, porque desde las ocho de la mañana comenzaba el juego en el castillo hasta medio dia, hora en que se servia la comida. Despues de ésta volvian al juego hasta las cuatro; entonces se paseaban un momento en los elevados terrazos que dominan los prados y los campos. El dueño del castillo, armado con una bocina, daba sus órdenes desde lo alto de los terrazos, á sus pastores y labradores, dispersos en el valle: volvian en seguida al salon y proseguian el juego hasta la hora de cenar; lo cual se repetia diariamente. No habia mas que dos libros en todo el castillo: la cuenta general de Necker, fastidioso presupuesto de hacienda, para servir de testo á los Estados Generales, y el almanaque del año corriente, en la chimenea. Con aquellos dos libros, el conde de Pierreclos alimentaba la inteligencia de sus dos hijos y cinco hijas. Uno de éstos, que tenia ya treinta y seis ó cuarenta años, se hallaba todavía emigrado; el segundo, con quien la caza, la vecindad y el placer me ligaron despues, tenia

cerca de veinticinco años; dos de sus hijas se hallaban casadas; las tres mas jóvenes eran la gracia y el atractivo de su casa. Las tres eran muy bonitas, aunque de diversa hermosura. Su padre las amaba; pero creia que la parte que tenian en su fortuna y su nombre les era suficiente: eran las bellas criadas de su padre, superintendentas cada una de la parte que le correspondia de la servidumbre. Su padre no era solamente para ellas un padre, sino una especie de Dios absoluto, servido y adorado hasta cuando se hallaba de mal humor. El hijo montaba perfectamente á caballo; era valiente como un caballero, única virtud que el anciano padre exigia de los de su raza. Su talento habria sido superior, si se hubiera cultivado; su corazon era noble, generoso, aventurero: verdadera naturaleza del hombre nacido en la Vendée, que hizo que me uniera yo á él. En el tiempo de que hablo, estaba enamorado, sin conocimiento de su padre, de una jóven de rara belleza, con quien despues se casó, y que era digna, por sus maravillosos atractivos y seducion, de ser la heroina de muchas novelas. Era hija de un general que se habia hecho célebre en las últimas revueltas y en la pacificacion de la Vendée. Bonaparte lo habia desterrado á una tierra que poseia en Borgoña, al castillo de Cormatin, antigua y espléndida residencia del mariscal de Uxelles. El castillo de Cormatin se halla á ocho leguas del de Pierreclos. El jóven amante tenia un hermoso caballo árabe nombrado el Eclips, que le habia costado por lo menos la mitad de su legitima. Cuando su padre terminaba su partida de la siesta, á la que el jóven se veia obligado á asistir, se escapaba, ensillaba él mismo su caballo, para que los criados no revelasen su ausencia; montaba, y sin detenerse marchaba hasta Cormatin, en medio de las tinieblas, por los caminos de las montañas: amarraba al animal á la reja del parque, salvaba el muro y se deslizaba en el foso del castillo, para ir á hacer el amor, á obtener una mirada, una flor caida de alguna ventana, y tener algunos minutos de conversacion en voz baja, por entre el viento y la nieve, que se llevaban

con frecuencia sus suspiros y palabras; despues salvaba de nuevo las paredes del foso, brincaba el muro, devoraba la distancia, y de vuelta en el castillo de Pierreclos, antes que amaneciese, se presentaba á las siete de la mañana en el salon de su padre, habiendo recorrido de aquella manera diez y seis leguas en el mismo caballo, entre la salida de la luna y la del sol, para que exhalase algunos suspiros su corazon. He encontrado muchas veces, entrando en la casa, en las tardes de otoño, el caballo blanco, cuyo rápido galope hacia brotar chispas por las noches á las piedras movibles del camino de Milly.

Aquel amor tuvo su recompensa: informado el anciano conde, por un guardabosque, de las nocturnas salidas de su hijo, le perdonó una pasion producida por tantos hechizos: los amantes se desposaron. La jóven condesa Nina de Pierreclos, célebre por su belleza y su talento en todo el pais, formó del castillo de Cormatin el centro del atractivo, del arte y de las delicias. Yo era entonces uno de los mas íntimos amigos de su marido: era tambien el asiduo huésped de aquella hermosa habitacion, y pasé muchas horas de mi juventud en aquel castillo, que poseen hoy manos estrañas, y que lo han hecho triste y querido á mis recuerdos.

XLIV.

Otra familia, mas cercana de la vecindad, vivia íntimamente ligada con la nuestra: era la familia *Bruys*, cuyo nombre habia ilustrado antes en las letras uno de sus miembros, y de la que descende el jóven poeta Leon Bruys, á quien hace poco tiempo dediqué el prefacio de los *Recogimientos*. La realidad se complace algunas veces en formar familias que la novela no se atreveria á inventar. Tal era aquella, mezclada á la nuestra por tantas relaciones de vecindad, hereditarias y amistosas, que á mis ojos forma parte de la mia en mi memoria. Habitaba una preciosa casita de campo en la aldea de Brussières, parroquia

de Milly, á la orilla del gran camino que conduce de las montañas al Saône. La casa es de forma antigua; existe todavía en la puerta que da al camino, una especie de estrado de tres gradas de piedra, en que se encuentra una losa que servia en otro tiempo para colocar á las señoras á la altura de la silla del caballo ó de la mula, único vehículo de las mugeres, antes que los carruages pudieran circular por las gargantas de nuestros valles. Prados regados por un precioso riachuelo y rodeados de un bosque, llegan hasta las ventanas de la casa, del lado opuesto al camino; un estenso vestíbulo con dobles gradas, conduce del terrazo al jardin. Se goza de la comodidad de una casa antigua bajo la simplicidad de aquel aspecto.

La familia, en mi infancia, se componia del padre, antiguo y principal arrendador de la abadía de Cluny, con su vestido austero y rural de jefe del cultivo. Vestido de paño blanco ordinario, de inmensos faldones, polainas del mismo género, abotonadas hasta la rodilla; de la madre y de veinte hijos, vivos todos al principio del siglo. Una decente medianía, una educacion austera y naturales disposiciones, habian hecho de los hijos otros tantos hombres distinguidos en sus diferentes profesiones. Algunas de las jóvenes se hallaban casadas, y venian de tiempo en tiempo con sus hijos, á visitar el nido comun, lleno de movimiento y de ruidos; cuatro habian permanecido solteras, y vivian con el padre, la madre y los hermanos. Aquellas doncellas se hallaban íntimamente ligadas con mi madre. Aunque educadas en el campo, las tradiciones de la familia y el continuo trato con sus hermanos, que llevaban todos los años á la casa el tono, la gracia, la luz del gran mundo, en el cual vivian en Paris ó en Lyon, les habian dado el pulimento, la elegancia simple, el natural y las maneras de las razas mas elevadas. Era la aristocracia mas esquisita en las formas, en los sentimientos, en el lenguaje y la simplicidad de las costumbres campestres. Se hubiera creido que habia salido de la corte. Esa familia subsiste todavía en la última de las jóvenes. Ha conservado en una

edad avanzada, la frescura de las impresiones y la gracia del talento de su juventud. Siempre he notado que la bondad es un elemento de longevidad; el amor que crea conserva tambien; el odio, por el contrario, corroe y destruye. La señorita *Couronne* (este es su nombre) es para mí una fecha del tiempo, escrita en el corazon, donde encuentro á mi madre y á mis hermanas, como si acabasen de salir de la sala para ir al jardín de Bussières á admirar y respirar las flores que antes se divertian en cultivar.

Uno de sus hermanos, *Mr. de Vaudran*, hombre de un mérito grande y sólido, se habia retirado en aquel tiempo á la casa paternal. Filosofaba con mi padre sobre los principios de una revolucion que amaba como reforma, pero que maldecia como esceso y trastorno, y que le habia robado la brillante existencia que se habia procurado en Paris como secretario general de *Mr. de Villeuil*. Ocioso en Bussières, y no habiendo salvado del naufragio de su fortuna mas que sus libros, habia sido en otro tiempo mi maestro de escritura. Debia á su complacencia el don de trazar legiblemente mi pensamiento, é imprimir á los rasgos de la pluma el sentimiento exterior y claro de la luz del espíritu. Recuerdo su mano que guiaba la mia, cada vez que trazo una línea en el papel, un poco armoniosa al oido.

XLV.

Acompañaba con frecuencia á mi madre á todas las casas de la vecindad; pero la melancolía secreta que me obsediaba, no me dejaba gozar, como en otro tiempo, del encanto de aquellas agradables sociedades.

Preferia la intimidad recogida del pobre cura de Bussières, cuya historia he referido en las Confidencias; me unia á él mas y mas cada dia. No hay atractivo mas poderoso para dos almas que han sufrido, que la conformidad en la tristeza. Pasaba todos los dias dos horas en su jardín; en el tiempo que me quedaba, andaba errante por los matorrales de nuestras montañas, ó

bajo los sauces de nuestros prados. Comenzaba á recobrar bastante elasticidad, al respirar el aire de los campos, para elevar, por la inspiracion poética, mi corazon cargado de recuerdos, y para manifestar en versos imperfectos, las impresiones que me rodeaban. En aquella época escribí la meditacion á Lord Byron, cuyas poesias habian llegado en fragmentos traducidos en los periódicos, hasta Milly. En aquel mismo otoño escribí tambien siete ú ocho meditaciones, del primero y segundo volúmen del libro de ellas. Cuando mi padre, á quien gustaban mucho los versos, pero que no habia jamas comprendido otra poesia que la de Boileau, de Racine y de Voltaire, escuchó aquellas notas tan estrañas que disonaban á sus oidos, consultó por mucho tiempo consigo mismo para saber si debia aprobar ó desaprobare los versos de su hijo. Era por naturaleza de corazon atrevido, pero de tímido talento; temia que la predileccion paternal y el amor propio de la familia, no alterasen su opinion sobre lo que tan de cerca le tocaba. Sin embargo, despues de haber escuchado la meditacion de *Lord Byron* y la del *Valle*, una noche al lado del fuego de Milly, sintió húmedos sus ojos, y el corazon lleno de alegría. “No sé si esto es hermoso, me dijo; nunca he oido nada de ese género; no puedo juzgar porque no puedo hacer comparaciones; pero puedo decirte que me agrada y que enternece mi corazon.” Insensiblemente se acostumbró á aquellas nuevas cuerdas de la poesia moderna, porque era demasiado sincero para formar sistemas contra sus opiniones. Cada vez que escribia alguna de aquellas *meditaciones* ó *armonías*, de que no he impreso mas que lo escogido, le leia los fragmentos que menos me desagradaban, y que no le revelaban las llagas sangrientas de mi corazon; porque lo que tenia relacion con un grito de mi alma á los muertos ó á Dios, raras veces lo he concluido, y jamas lo he publicado. Aunque el público sea un ser abstracto, ante el cual no se ruboriza uno como delante de un amigo ó un padre, existe, sin embargo, en el alma una atmósfera de pudor, el último pliegue del velo que no se levanta enteramente.

El otoño y el invierno se pasaron para mí entre el campo y la ciudad, entre mi madre y mis hermanas, entre la triste poesía y los divinos pensamientos que brillaban en la frente de mi madre, y que brotaban del hogar paterno, reflejándose en mí. Yo me hallaba abatido y desconsolado, pero no enervado. Mi alma se templaba con mis lágrimas, y mi inspiración se acumulaba, por efecto del fastidio. Una mirada de mi madre entreabría y aclaraba nuevos horizontes de consuelo y de esperanza.

XLVI.

El sombrío invierno de Mâcon, pasó en la casa de mi madre y en el resto de la ciudad, en reuniones, banquetes, bailes y fiestas de toda especie. Aquel movimiento, cuyo centro era la casa de mi madre, porque sea por la virtud ó por la gracia, por las buenas obras ó por los placeres decentes, ella era el alma de todo, me entristecía mucho mas que la monotonía y morosidad del estío. Me presentaba en aquellas reuniones por complacerla; pero llevaba conmigo una atmósfera que me aislaba. Los extranjeros, los jóvenes de ambos sexos que se entregaban al placer del baile, se intimidaban ante mi silenciosa reserva. No preguntaban cuál era, pues, aquel disgusto de la belleza del mundo y de la vida, que oscurecía de aquella manera el rostro de un joven de mi edad. Atribuían al orgullo lo que no era mas que el conocimiento de mí mismo. Había mugeres notables por su elegancia y por sus encantos; jóvenes, hechas célebres despues, por los encantos de su talento y por su belleza, tales como la segunda hija de Mr. de Forbin, madama de M. . . ., todavía niña entonces, pero elogiada generalmente. Veía yo todo aquello como rodeado de una nube, ni bailaba ni jugaba; jamás me acercaba á grupo alguno para dirigir ó escuchar esas fútiles palabras, retoños falsos y dorados de conversaciones casuales. Afigia

á mi madre y causaba admiración á la sociedad por mi secuestro moral de todo lo que animaba la casa.

XLVII.

Ví con alegría aproximarse la primavera, que destruía todo aquel movimiento de placer con las abstinencias y las piadosas prácticas de la cuaresma. Tomé el pretexto de ir á visitar á uno de mis tíos que habitaba la Alta Borgoña, para alejarme de Mâcon y sustraerme á aquella curiosidad de todas las poblaciones cortas, que quieren saberlo todo, y que interpretan cuanto ignoran.

Partí para el castillo de Urcy, una de las antiguas residencias de mi abuelo, en cuya posesión se hallaba el segundo de mis tíos, por haber formado parte de la que le tocó de sucesión. Yo amaba á aquel tío mas que á los otros miembros de la familia. Aquel tío era el abate de Lamartine. He hablado de él en mis primeras páginas. He dicho cómo la naturaleza había formado de él un hombre de mundo, libre y alegre; cómo el derecho de mayoría lo había obligado á hacerse eclesiástico; cómo había vivido en París y en la corte, haciendo su noviciado de obispo en los salones de las mugeres mas hermosas y menos austeras de la corte de Luis XV; cómo muy indiferente en materia de fe, había, sin embargo, confesado la suya, es decir, la de costumbre, durante la persecución revolucionaria, hasta llegar al martirio, martirio de honor mas bien que de religión; cómo, en fin, vuelto de los pontones de Rochefort y de los calabozos de París, se había aprovechado de su libertad y de su buena fortuna, para despojarse de los lazos del sacerdocio, y vivir solo como filósofo y como agricultor, en el fondo de los bosques, donde al menos sus árboles y sus rebaños no le pedirían cuenta de su deserción.

Su castillo, una de las mas vastas y hermosas habitaciones de la provincia, estaba situado en ese laberinto de montañas